

VIDA DE HANNAH COULTER

CHAI EDITORA



Wendell Berry

VIDA DE HANNAH COULTER

Traducción de MATÍAS BATTISTÓN

Berry, Wendell

Título original: *Hannah Coulter*

© Del texto, Wendell Berry, 2004

© De esta edición, Chai Editora, 2025

© De la traducción, Matías Battistón 2025

Diseño de tapa
Ese Estudio

Foto de tapa
Manuel Bonacci

Diseño de colección e identidad
Lamas Burgariotti

Primera edición en Argentina
Septiembre 2025

ISBN: 978-631-90896-4-6

Hecho el depósito que marca la ley
11.723

Austria 1840
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina
www.chaieditora.com



Este libro está dedicado con total gratitud
a Tanya Amix Berry



He abrevado al fin del tiempo que despoja
Y despojando deja cada cosa en su lugar
Una imagen de la eternidad
Única y total.

Edwin Muir



Parte 1



1. La historia continúa

—Lo alcé y lo llevé en brazos a casa.

Así es como Nathan solía terminar su última anécdota de la infancia, cuando se la contaba a nuestros hijos.

La historia se remontaba a 1940. Nathan tenía dieciséis años. Junto con su padre Jarrat, su tío Burley y su abuelo Dave habían ido hasta las tierras bajas cerca del río, llevando una yunta de mulas y una carreta, para ayudar a un vecino a subir el heno al granero.

Hacía ese calor de fines de julio, “tiempo lindo para el heno”, como decían. Dave Coulter, a quien yo también aprendí a llamar “abuelo” aunque nunca lo conocí, tenía ochenta, y prácticamente no podía trabajar. Mientras los más jóvenes cargaban, transportaban y descargaban, él iba de acá para allá sin mucho para hacer, o se sentaba a la sombra y dormía, o les llevaba agua a los demás cuando necesitaban beber algo. A media tarde le dio uno de esos mareos que él llamaba sus “achaques”, y Jarrat le dijo a Nathan:

—Mejor que lo acompañes a casa. Va a necesitar que lo ayudes. Con cuidado.

Así que los dos fueron caminando juntos cuesta arriba, deteniéndose a menudo. Cuando les faltaba poco el abuelo se tambaleó y se desplomó, y no había manera de despertarlo. Nathan ya era un chico grande, fuerte, así que lo alzó y subió el tramo que faltaba hasta la casa, donde la abuela Coulter, de quien sí guardo algún recuerdo, fue corriendo a abrirles y enseguida hizo lugar para que lo acostaran.

No me cabe duda de que Nathan lo veía como el último día de su infancia. Después de ese punto nunca contaba historias de

su pasado. De ahí en adelante se consideraba un hombre y actuaba como tal, un hombre que vivía y trabajaba con su padre y su tío Burley, dando por sentado que trabajaría de lo mismo y en el mismo lugar durante el resto de su vida. Su hermano mayor, Tom, se había ido a vivir por su cuenta, pero Nathan quería quedarse. No había pensado en irse ni, por el momento, en casarse.

Pero luego, al poco tiempo, vino la guerra. A Tom y Nathan los llamaron del Ejército. Tom murió durante el avance en Italia. Andy Catlett fue años después y encontró la tumba. Estaba en un valle no muy lejos de Florencia, en un campo, donde fila tras fila de cruces blancas se alzaban en medio del silencio.

Nathan no “cruzó el charco”, como se decía por estos lares, hasta la primavera de 1945, cuando lo mandaron casi directamente a la batalla de Okinawa. Sobrevivió, ileso, y volvió a casa.

Sin embargo, nunca contaba historias de su pasado que tuvieran lugar tras la muerte del abuelo Coulter. A nuestros hijos les contaba historias de su propia infancia, más que nada de lo que hacían Tom y él. Habían hecho muchísimas cosas, y visto y vivido muchísimas otras, algunas graciosas y otras más bien tristes.

De Tom Coulter solo conozco detalles de cuando era chico, por esas historias que contaba Nathan. En cambio, de Tom en su juventud, de ese soldado que había muerto en la guerra lejos de Port William y que nunca volvería, no hablaba nadie. Sabía que no hablaban de él en su última época, fuerte y sano y sin embargo ya tan cerca de su muerte, porque les era imposible. Y yo lo entendía. El silencio se había vuelto una costumbre, porque durante mucho tiempo no pudieron hablar de él sin romper en llanto. Así que Tom hoy perdura en mi mente como ese chico en las viejas historias que Nathan les contaba a nuestros hijos.

Del propio Nathan, entre la época en que Tom y él andaban por ahí y jugaban y trabajaban juntos de niños y los años después

de la guerra —cuando yo pude superar la pérdida de mi primer marido, que también murió en la guerra, y por fin pude amar a Nathan y casarme con él—, no sé casi nada, más allá de lo que he aprendido a imaginarme.

En cualquier caso, era un hombre silencioso, que nunca tenía demasiado para decir. No le faltaban anécdotas sobre Burley y Big Ellis y Tol Proudfoot y muchos más, en general graciosas. Pero si bien cada tanto, muy de vez en cuando, decía algo sobre sí mismo, sobre la época en que empezó la guerra y sus experiencias en el ejército, lo cierto es que de eso hablaba muy poco, y no contaba ninguna anécdota. Si salía el tema, soltaba algún comentario como: “Chicos ignorantes, matándose entre sí”, o algo más o menos igual de breve. Con los años lo escuché lo suficiente como para saber que no le gustaba que hubiera personas capaces de decidir sobre la vida y muerte de los demás. No le gustaba la idea de matar mujeres, niños o ancianos, ni de andar volando el mundo por los aires ni de hacer máquinas complicadas solo para derramar sangre. No sé qué habrá hecho ni qué le habrá pasado durante la guerra. Nunca se lo pregunté mientras estaba vivo. Después de su muerte aprendí lo que pude, más de lo que me fue fácil procesar, sobre la batalla de Okinawa, donde él había combatido.

Conozco la historia de su vida después de la guerra, y sobre todo después de 1948, porque es la historia de mi vida también. Es una historia que compartimos, porque la vivimos juntos. Es la historia de nuestro lugar en nuestra época: nuestra granja de “unas 150 hectáreas más o menos”, como dice el título de propiedad, sobre los cerros y laderas que dominan el arroyo conocido como el Sand Ripple, que baja desde Port William hasta el río. Nathan la compró ese año, en 1948, con la esperanza de que yo aceptara casarme con él, o por lo menos en caso de que yo lo hiciera, porque entonces necesitaría un lugar propio para llevarme a vivir.

Nuestra historia es la historia de nuestra granja: cómo nos casamos y vinimos aquí, nos mudamos a esta vieja casa y la volvimos a poner en condiciones; cómo criamos a nuestros hijos aquí, y trabajamos llenos de ilusión y pagamos la hipoteca, y convertimos una propiedad hasta entonces casi olvidada, con muchísimo uso encima, en una granja respetable; cómo seguimos haciendo nuestra vida aquí día a día después de que nuestros hijos se independizaron; cómo logramos que este lugar continuara lleno de vida y abundancia, viéndolo siempre como un espacio fuera del alcance de la guerra (Nathan, pienso ahora, lo veía como un refugio en pleno incendio); cómo envejecimos juntos, y cómo murió Nathan, y cómo yo seguí aunque sea un poco más para ver qué le deparaba una época menos próspera a vidas como las nuestras y a un lugar como este.

Esta es la historia de mi vida, que mientras la viví fue a la vez una carga y un impulso y una serie abrumadora de estímulos sensoriales, y ahora es como un sueño ya soñado. Estando tan cerca del fin, ¿qué es lo que espero? “Hoy estarás conmigo en el paraíso”.¹ Algún día, espero, conoceré la felicidad de ese hombre que amaneció muerto del que solía hablar Burley Coulter.

Esta es mi historia, mi muestra de agradecimiento.

1 Lucas 23, 43. [N. del T.]

2. Una Steadman

Yo era una Steadman, criada en los cerros más allá de Hargrave. Dalton y Callie eran mis padres, yo era hija única. Vivíamos en una granja humilde, que había quedado en manos de mi abuela desde la muerte de mi abuelo. Mi padre, su hijo mayor, se ocupaba de trabajar la tierra como su aparcerero. Vivíamos con mi abuela en su casa, una casa antigua como tantas otras: cuatro habitaciones al frente, con la planta alta y baja divididas por un pasillo amplio, con otras cuatro habitaciones distribuidas en L en el fondo. La casa se había construido gracias a los ingresos que dejaba la granja, pero en aquellos tiempos difíciles ya no alcanzaban ni para mantenerla. Estaba pelada, sin pintar, con el revestimiento de madera descolorido y deteriorado por la lluvia. En algunas partes las piedras de los cimientos se habían corrido por debajo de las vigas. Los ambientes eran altos y muy frescos en verano, pero en invierno había muchas corrientes de aire y calefaccionarlos se hacía difícil. Si había mucho viento, por más que uno se sentara al lado de la estufa podía sentir frío en la espalda.

Mi abuela era Arvinia Steadman. Yo le decía “abue”. Era muy buena con nosotros, y todos nos llevábamos bien. Ella y mi madre se repartían las tareas de la casa, y ayudaban a mi padre con el trabajo en la granja cuando hacía falta, como la mayoría de las mujeres. Todos trabajábamos juntos, a veces con los vecinos, en los canteros en primavera, en épocas de cosecha en verano y otoño, y en el galpón durante el deshoje del tabaco en invierno. Trabajábamos mucho, desde antes del amanecer hasta después de que oscurecía, y yo les daba una mano y tenía mis propias tareas para hacer desde que cumplí los cinco o seis años.

Eran épocas duras, y se pusieron más difíciles todavía. Yo tenía siete cuando empezó la Depresión y ocho durante la sequía del verano de 1930, cuando arriábamos a los animales más de tres kilómetros para darles de beber.

Era una época dura y, si se la pudieran imaginar, hoy casi todos dirían que llevábamos una vida dura también. Pero nos entendíamos, nunca pasábamos hambre y teníamos buenos vecinos. Yo en general fui feliz, o por lo menos así lo creía, hasta que cumplí los doce.

Ese año murió mi madre. Tuvo una gripe, después neumonía y, antes de que atináramos a imaginar que podría morirse, ya estaba muerta. Junto a su tumba, cuando fuimos a enterrarla, había una montaña de nieve de un lado y una montaña de tierra del otro.

Así aprendí lo que era el duelo, y esa ausencia y ese vacío que durante tanto tiempo hacen que el duelo sea imposible de olvidar. Nosotros tres, los que quedamos, seguimos adelante: no quedaba otra. En términos prácticos nos las arreglábamos. Mi abuela todavía conservaba sus fuerzas y tenía cuerda para rato. A mi padre la pérdida lo afectó mucho, al menos durante un tiempo, pero era un hombre capaz, un maestro a la hora de darse maña. Yo ya era lo suficientemente grande como para hacer el trabajo de una mujer, y eso hacía. Sin embargo, durante el primer año cada vez que cruzábamos miradas nos invadía la angustia.

Más o menos cuando terminó ese primer año, mi padre se casó de nuevo. No resultó ser la mejor solución, y yo pasé del duelo y la angustia a sufrir un problema distinto. La mujer con la que se casó era Ivy Crutchlow, una viuda de nuestro barrio. No se gana nada rememorando penas pasadas, y hace mucho que dejé de guardarle rencor, pero debo decir que no fue una buena esposa y que le hizo justicia a la mala fama de las madrastras.

El problema entre Ivy y yo era que ella tenía dos hijos, Elvin y Allen, que me llevaban dos y tres años y que eran la luz de sus ojos, como le gustaba repetir. Habían sido su única razón de ser desde la muerte de su marido, así que es entendible que les diera todo su amor y que no le sobrara nada de cariño para mí. Le parecía que yo competía con ellos y, como estábamos justos con todo, siempre se veía obligada a ponerse de su parte. Se la pasaba de pánico en pánico, obsesionada con que sus hijos recibieran lo suficiente, o lo que les correspondiera, o —si de ella dependía— lo mejor. Si yo me sacaba mejores notas que ellos en la escuela, como de costumbre, ella reaccionaba como si las buenas notas fueran un bien escaso y yo me estuviera quedando con más de las que me tocaban por derecho. Todo lo que les daba a sus hijos ella lo veía como algo que me estaba sacando a mí, aunque no fuera cierto. Y no podía ocultar lo mucho que la alegraban esas victorias, incluso cuando Ivy sabía que les estaba dando algo que a mí no me interesaba.

Lo peor era que Elvin y Allen, de por sí enemistados conmigo por el favoritismo de su madre, tenían la mente podrida y siempre me estaban espiando y observando de lo más campan-tes, lo que me daba mucha rabia. Nunca había odiado a nadie antes, pero verlos husmeando por ahí cuando yo salía del baño o reírse al ver mi ropa interior colgada de la sogá me daba ganas de estrangularlos.

Supongo que mi padre tenía demasiados problemas como para darse cuenta de los míos. Haberse casado con Ivy había sido un error tan grande para él como para mí, y creo que se dio cuenta enseguida. Era un hombre simpático y de buen carácter, quizá porque se ilusionaba con poco, se contentaba con menos aún, y disfrutaba de todo lo que podía. Se llevaba bien con Elvin y Allen porque les hacía chistes y hacían travesuras juntos. Los apodaba Lengualarga y Mandamás. Aunque su madre los consentía y se

desvivía por ellos, ninguno de los dos le prestaban atención, pero sí le hacían caso a mi padre y cumplían las tareas que les daba. De todas formas, en aquel entonces el nuestro era un hogar dividido, triste, y estoy segura de que él lo percibía.

“Al final se verá que nadie tiene más razón que ella en el mundo entero, y va a ser la única en entrar al cielo... exceptuando, supongo, a Elvin y Allen”. Ese es el único comentario que mi padre me hizo sobre Ivy. Más que nada lidiaba con ella haciendo chistes así, y tratando de estar en casa lo menos posible. El fracaso de su relación no era tanto algo que saltaba a la vista como algo que se sentía.

Lo peor que llegué a ver entre ellos dos fue la noche que mi padre se unió a la congregación de la iglesia. Se estaban celebrando una serie de reuniones para ganar nuevos fieles, y nosotros íbamos todas las noches a la iglesia blanca delante del cementerio, en el límite de nuestro pueblito, Shagbark, en el cruce entre dos caminos.

Era un placer sentarse ahí con todo el mundo en la iglesia iluminada y cantar y escuchar los sermones en esas noches calurosas, mientras se oía el cricrí de los grillos del otro lado de las ventanas abiertas. Qué había hecho mi padre para mostrarse tan arrepentido es algo que ignoro. Pero algo había hecho.

El sermón ya había terminado y estábamos cantando:

*Tal como soy de pecador...*²

Apenas vi que mi padre había salido al pasillo para enfilear hacia donde estaba el pastor, supe que tenía algo que ver con

2 Comienzo de “Just as I Am” (1836), himno religioso compuesto por la poeta anglicana Charlotte Elliott, aquí en la traducción al español del pastor anglomexicano Thomas Martin Westrup. [N. del T.]

Ivy. Se habían peleado, quizás. Entregarse a Dios era un gesto de entrega hacia Ivy. O también es posible que, como había hecho algo para que Ivy no lo aceptara, ahora esperase que lo aceptara Dios.

Mientras los demás seguíamos cantando, él se quedó ahí, frente a nosotros, con las lágrimas brillándole en el rostro. Después de la última plegaria, cuando la gente fue a hablarle y estrecharle la mano, Ivy debería haber ido también. Mi abuela y yo fuimos, pero Ivy no.

El problema era que, al distanciarse de él, Ivy de algún modo lo distanció de mi abuela y de mí. Lo que para ellos dos debe haber sido algo muy evidente para nosotros era y será por siempre un misterio. Creo que la casa se volvió un lugar extraño para todos. Sin duda lo era para mí, y mi padre se convirtió en un extraño también. Desde que trajo a Ivy y a sus hijos a vivir con él, yo pasé a deberle todo, lo que se dice todo, a mi abuela.

Antaño, mis padres dormían en la sala de estar, donde ponían la estufa grande en invierno. Mi padre siguió durmiendo ahí después de que mi madre murió, y ahí es donde Ivy y él dormirían más tarde. Mi habitación estaba justo arriba, y el aire caliente de la estufa la calefaccionaba al subir a través de una rejilla en el suelo. Mi abuela dormía en un catre en la cocina grande en el fondo de las habitaciones en L, donde cuando hacía falta se calentaba con el horno, y donde tenía su mecedora y su cómoda, un mueble grande en cuyos cajones guardaba su poca ropa de salir y su ropa vieja y las cositas que ella no tiraba por si alguna vez le eran útiles.

Mi abuela se había mudado a la cocina cuando mi padre se casó con mi madre. En sus propias palabras, quería quedarse al margen. Quería que mi madre tuviera el resto de la casa para ella. Y lo cierto es que cumplió, y mi madre, e Ivy después, tuvieron la

casa para ellas. Aun así, al refugiarse en la cocina, mi abuela seguía ocupando un lugar central. En la cocina era la que mandaba. Ahí los demás hacían lo que decía ella. Al instalarse por completo en ese ambiente le había dado la espalda, por así decirlo, al resto de la casa, pero desde la cocina seguía vigilando el jardín, la despensa, el ahumadero, el gallinero, los corrales y los graneros, y a todos los que iban y venían entre los graneros y los campos.

Además de ser buena cocinera, se ocupaba de casi cualquier otra tarea relacionada con nuestra comida. Se encargaba de la huerta, y lo que no comíamos cuando estaba fresco ella lo preparaba como conserva y lo guardaba para el invierno. Cuidaba las gallinas y los pavos. Ordeñaba las dos vacas. Mi padre estaba a cargo de los cerdos, pero mi abuela era la autoridad absoluta y la encargada principal de faenar los animales, hacer salchichas, hacer manteca y curar la carne. En verano me llevaba a recorrer los bordes de los cercos y los lindes de los bosques y los barrancos a recoger frutos silvestres para hacer tartas y mermelada. Siempre estaba trabajando. Nunca dejaba de hacer nada porque fuera difícil. Lavaba y planchaba, hacía jabones, cosía, emparchaba y zurcía. Todos los sábados llevaba una canasta de huevos y un balde de crema al almacén de Shagbark. Aunque nunca mencionaba que la propiedad era suya —ni hacía falta tampoco—, sus decisiones en todo lo relacionado con la granja eran palabra santa. Mi padre lo sabía muy bien, y eso es algo que no cambió con la llegada de Ivy.

Mi abuela seguía enorgulleciéndose de la figura que había tenido de joven. Cuando se casó, según contaba, tenía una cinturita tan esbelta que mi abuelo casi podía rodearla totalmente con las dos manos. Después de tantos años pariendo y criando a sus hijos y deslomándose trabajando, había perdido su figura y se había vuelto más lenta, y recordaba su agilidad y belleza de antes con cariño pero sin pena. No se angustiaba por haber

cambiado. A medida que yo fui creciendo y empecé a convertirme en toda una mujer, cada tanto se le daba por mirarme de arriba abajo y preguntarme:

—¿Sabías que tu abuela alguna vez también tuvo un cuerpo así?

Y sonreía, consciente de que yo no lograba imaginármelo por más que me lo dijera.

Podía hacer el trabajo de un hombre si era necesario, pero murió sin haberse puesto un solo par de pantalones en toda la vida. Usaba vestidos. Como había enviudado, eran siempre negros. Como los de cualquier mujer de su época, eran siempre largos. En aquel entonces, supongo, todas las chicas debían ser como un regalito bien envuelto, listo para que sus maridos lo abrieran en la noche de bodas, una sorpresa total: “¡A ver! ¿Qué es esto?”.

Aunque eran tiempos difíciles y era pobre, mi abuela siempre fue una mujer respetable, y lo sabía muy bien. Si hacía falta, podía hacer que eso saltara a la vista. Sin embargo, en general, cuando estaba en casa o trabajando, usaba ropa que muchas, incluso en esa época, hubieran tirado a la basura. Sus vestidos negros “de entrecasa” estaban descoloridos por el sol y el jabón de lejía y llenos de parches, y se habían deshilachado y deformado de tanto uso. Cuando hacía frío se ponía un abrigo que debía tener más años que ella, pero que, según decía, “seguía estando como nuevo”. Y tanto si llovía como si había un sol que rajaba la tierra se la podía ver usando un par de zapatos que habían quedado de mi abuelo. Nunca se deshacía de una prenda a menos que estuviera totalmente gastada, y entonces guardaba los botones y la usaba para hacer trapos.

Era un ama de casa chapada a la antigua: decidida, habilidosa, ahorrativa y atenta. Trabajaba mucho, aportaba lo máximo, compraba lo mínimo y guardaba todo lo que pudiera llegar

a servir: botones, hebillas, trapos, hilos y bolsas de papel del almacén. Arreglaba las sartenes agujereadas, emparchaba la ropa y zurcía las medias. Usaba un ala de pavo como escoba para barrer alrededor del horno.

Siempre tenía un vestido de salir muy cuidado que usaba para ir a la iglesia y al centro. Para esas ocasiones también tenía, desde que la conocí, un sombrerito negro de ala corta con un buqué de violetas de papel, que usaba tan parejo y paralelo al piso como si fuera un platito lleno de café.

Mi padre no era un hombre de mucha ambición o, para ser honesta, mucho sentido común en todo lo que excediera su vida cotidiana, llena de esfuerzos y privaciones. Si nunca nos faltó comida ni nos faltó nada más —aunque muchas veces estuviéramos al límite— fue gracias a la inteligencia, los conocimientos y la frugalidad de mi abuela.

Y en retrospectiva fue ella la que decidió mi destino. Fue la que marcó el curso de mi vida, sin saber, desde luego, cómo sería esa vida. Me enseñó muchas cosas que iba a necesitar después, sin que ni ella ni yo sospecháramos que iba a necesitarlas. Forjó los lazos que determinarían mi vida, como se verá. De no haber sido por ella, ¿qué habría sido de mí? No lo sé. Lo único que sé es que mi vida habría sido otra. Y solo ahora, ahora que estoy vieja y soy abuela y viuda yo también, puedo mirar hacia atrás y ver cuánto me quería, y puedo retribuir de corazón todo el amor que le debo.

El día que mi padre fue a casarse con Ivy, mi abuela enseguida mudó todas mis cosas a la habitación que estaba sobre la cocina: muebles, ropa, todo. Era una habitación separada de las otras en la planta alta, en la parte delantera de la casa, por un corredor y otro cuarto lleno de muebles rotos y cosas por el estilo. Cuando terminamos, mi abuela cerró las puertas que daban al corredor y se guardó las llaves en el bolsillo.

—Las cosas van a ser distintas en esta casa, y no te conviene quedar en el medio —me dijo. Yo todavía no captaba a qué se refería, pero ella conocía a Ivy y a sus hijos, claro, y ya se imaginaba lo que iba a suceder.

Esa noche, cuando llegó mi padre con su nueva familia, mi mudanza era un hecho consumado que ni valía la pena comentar. Ivy imaginaría que yo desde siempre había dormido en esa habitación sobre la cocina y que esas puertas siempre habían estado cerradas con llave. En cualquier caso, no hicimos nada para desmentirlo.

Así fue como yo empecé una nueva vida, por llamarla de alguna manera, y desde entonces hasta el momento en que me independicé, esa nueva vida giró en torno a mi abuela.

Ella se puso de mi lado. Mi propia madre ya no estaba. Ivy no iba a ser una segunda madre para mí: creo que eso era algo que mi abuela se veía venir, y no se equivocaba. De modo que zanjó esa distancia que separa a las abuelas de sus nietas y empezó a ser una madre para mí. No le caía bien que Ivy tuviera un favoritismo tan marcado por sus propios hijos, así que ella trataba de disimular su favoritismo por mí, como una cuestión de principios. Y en general lo lograba, en parte porque yo misma necesitaba pasar desapercibida y hacía todo lo posible por cooperar.

Sin embargo, a veces mi abuela me mimaba de un modo que para ella era muy ingenioso y discreto pero para todos los demás saltaba a la vista, y me hacían pasar vergüenza. Por ejemplo, para ahorrar en azúcar tomábamos el café amargo, aunque con mucha crema. De hecho, a mí me gustaba así. Pero cada tanto mi abuela no aguantaba más, es decir, no aguantaba más verme pasar una privación semejante. A veces yo estaba sentada con los demás a la mesa y mi abuela estaba en su lugar preferido, de pie junto al horno, para servirnos

primero a nosotros y comer ella sola tranquila después, y de repente yo veía su mano por encima de mi hombro, echando a toda prisa una cucharada de azúcar en mi café. Realmente se creía demasiado rápida y avispada como para que nadie más la viera. Desde luego, la veía todo el mundo. Solo de grande, cuando yo ya tenía hijos, me di cuenta de lo graciosa que eran esas escenas y de lo temeraria que era su devoción. Era como una cabra vieja con una sola cabrita.

De todas formas, el cariño que me profesaba también dio frutos más prácticos.

—Vas a necesitar algo de dinero propio, querida —me decía ella.

Estaba pensando en lo que se avecinaba. No tengo la menor idea de lo que estaría suponiendo, pero enseguida entendí que se estaba adelantando a algo. Ella sabía que alguna vez yo dejaría de ser una niña y tendría que cubrir mis necesidades. Y si bien por momentos me daba miedo pensar que se avecinaba una época que me impondría tantas exigencias, mi abuela ya era una mujer exigente en el presente y no me dejaba mucho tiempo para preocuparme por el futuro.

Ella no había recibido mucha educación formal —solo había cursado la primaria—, así que le daba mucha importancia a la escuela.

—Quiero que les des duro y parejo a los libros —decía—. No me aflojes en el estudio.

Así que, por las noches, cuando los demás se habían ido de la cocina y nosotras ya habíamos levantado los platos, nos sentábamos a la mesa una frente a la otra, con la mejor lámpara de aceite entre las dos, ella con su costurero y su ropa y yo con mis libros. A veces levantábamos la vista y charlábamos un poco, para descansar un rato, pero ninguna se iba a acostar hasta que yo hubiera hecho los deberes.

Por lo que ella veía, sin duda le di duro y parejo a los libros. De hecho, me gradué con el mejor promedio de mi clase de diez alumnos en la escuela de Shagbark. Y una vez más mi abuela me hacía pasar vergüenza cuando les decía a Ivy y a sus hijos, que eran unos resentidos, y a otros, que no tenían el menor interés en el asunto:

—Se graduó con el mejor promedio.

Como ella bien sabía, ganar dinero iba a ser algo tan importante para mi futuro como tener estudios. Para solucionarlo, me puso a trabajar, y así me hizo aprender cosas tan vitales como las que aprendí de los libros, y más útiles. El día que mudamos mis bártulos al cuarto de arriba, me dijo:

—Vas a necesitar algo de dinero.

Y agregó:

—A ver. Tendrías que aprender a darte maña. De ahora en más, cuando estés en casa y no tengas que estudiar, quiero que me ayudes.

Yo tenía doce. Desde ese momento hasta que cumplí dieciocho y me gradué del secundario, trabajé siempre con ella: en la cocina, en el gallinero, en el establo de las vacas. Seis años. Cuando hacía falta era muy rigurosa con sus lecciones. Me hacía realizar cada tarea como correspondía. Y aprendí todo lo que sabía ella, que resultó ser todo lo que necesitaría saber después de casarme con Nathan en 1948. Aunque no podría haberlo sabido, y nunca llegó a enterarse, todo lo que me enseñó echó raíz y floreció con el tiempo.

Mi abuela me pagaba con lo que sobraba de los huevos y la crema que llevábamos a Shagbark todos los sábados para vender en el almacén. Con lo que sacaba de eso yo me compraba mi ropa y las pocas cositas que me hacían falta. Eso, como bien había predicho mi abuela, me dio cierta independencia de Ivy, que ahora no podía acusarme de estar gastando el dinero de mi

padre. Lo que no gastaba, lo ahorra. A lo largo de esos seis años ahorré 162 dólares con 37 centavos.

Mi abuela era madrugadora. Se levantaba mucho antes de que saliera el sol, incluso en verano, en parte porque ya había dormido todo lo que podía, pero también porque era una costumbre de la que estaba orgullosa, y que me inculcó a mí también. Yo oía el crujido de su catre cuando se incorporaba y empezaba a tantear con los pies buscando las pantuflas que siempre usaba para andar por la casa. Avanzaba a tientas hasta la mesa, prendía un fósforo y encendía la lámpara. Después metía la leña en el horno y abría el respiradero. Y entonces, cerca del calorcito si era invierno, se ponía la ropa. Luego cruzaba la cocina hasta el mueble tocador y vertía algo de agua fría del balde para lavarse la cara. Una vez hecho todo eso, se sentaba en la mecedora para cepillarse el pelo, antes de recogerlo en un rodete por el resto del día. Mientras yo me cambiaba y me cepillaba el pelo también, me quedaba escuchándola, identificando cada uno de sus movimientos a través de los ruidos que hacía. Cuando yo bajaba las escaleras de atrás, cruzaba el porche y entraba a la cocina, la cafetera ya estaba en la hornalla silbando bajito y mi abuela cortaba el pan para el desayuno.

Desayunábamos las dos mientras el resto de la familia dormía y, mientras desayunábamos, charlábamos. Era nuestro recreo. A veces mi abuela me contaba recuerdos de las cosas que había llegado a tener en su vida y, aunque muchas ya se habían esfumado para entonces, me hablaba de ellas con aplomo, solo para que yo estuviera al tanto. O charlábamos sobre lo que habíamos estado haciendo y lo que íbamos a hacer. Me hacía preguntas sobre la escuela y sobre la vida que llevaba cuando no estaba en casa y sobre mis expectativas, y yo le contaba todo mientras ella me escuchaba con atención. Me estudiaba. A veces se me metían ideas ridículas en la cabeza, y cuando se las

contaba me daba cuenta de que eran ridículas, y ella no necesitaba decir nada. Cuando terminábamos de comer y de tomar el café, hacíamos el desayuno para los demás y salíamos a ordeñar las vacas y hacer el resto de nuestras tareas matutinas.

Esa era la vida que mi abuela trazó para mí, y que ella usaba para protegerme de los celos de Ivy y las burlas de sus hijos. Era una buena vida, además. Cuando se terminó, caí en la cuenta de que había sido más feliz de lo que pensaba. Podría decirse que lo teníamos todo salvo dinero, por lo menos mi abuela y yo. Nos teníamos la una a la otra, y teníamos nuestras labores, y no había tiempo para andar pensando en lo que nos faltaba.

Mi abuela se aseguró de que yo trabajara y estudiara y tuviera algunos ahorros. Así lo exigía la época y así lo exigía su carácter. Pero también procuró que tuviera acceso a los placeres que, en su opinión, me había ganado. Las “actividades extracurriculares” que ofrecía la escuela no eran tan numerosas como ahora, ni mucho menos. No nos sobraba el dinero, y tanto yo como los hijos de Ivy teníamos que volver a casa para trabajar. Pero todas las semanas había un partido de béisbol al que asistíamos cuando podíamos, y alguna que otra fiesta de vez en cuando, y una especie de festival en mayo, al terminar las clases.

Cuando pensó que yo tenía edad suficiente, mi abuela me dejó empezar a salir con chicos. Era muy estricta con la hora a la que debía volver, y los chicos tenían que presentarse ante ella cuando salíamos y cuando llegábamos a casa. Ella misma se encargaba abriendo la puerta de la cocina y diciendo:

—Jovencito, entre y déjeme que lo vea.

Tenía miedo de que yo terminara casándome antes de tiempo por quedar embarazada, o de pura tonta. Me decía:

—Siendo tan buena y tan inteligente, sería un desperdicio. Y puede que ser tan linda te juegue una mala pasada. Podría llevarte muy pronto a una vida que no querías tener.

No me molestaba demasiado que me vigilara, quizá porque los chicos con los que yo salía en realidad no me interesaban tanto, aunque eran buenos y me gustaban. Sabía que yo era una tentación para ellos, pero todavía no había conocido a ninguno que ni siquiera mi abuela considerara muy peligroso para mi futuro. Ella me había dicho exactamente lo que tenía que hacer si alguno se pasaba de la raya. Tenía que sacarle la mano de donde él la hubiera puesto, mirarlo bien a los ojos y decirle:

—¿Te animarías a hacer eso delante de mi abuela?

Pero faltaba mucho para que yo dejara que las cosas llegaran tan lejos.

3. El futuro brillante que nos espera

Me gradué con mis compañeros en 1940. Después de la ceremonia, donde di un discurso sobre “el futuro brillante que nos espera”, me empecé a preguntar qué iba a ser de mí. Ya graduada de la secundaria, sentía que era toda una adulta, con una vida que vivir y con un futuro, brillante o no, esperándome. Tenía ciertas ilusiones de libertad también. Quería irme de casa. La mala voluntad y el rencor creciente de Ivy y sus hijos ya eran una cárcel para mí. Ni siquiera los buenos momentos que pasaba con mi abuela me parecían razón suficiente para que me quedara, cuando el mundo entero estaba esperándome. Sin embargo, también tenía pereza y miedo, y me dejaba estar. No me imaginaba haciendo mis valijas y despidiéndome con un: “Bueno, adiós, me voy”.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que mi abuela me ahorrara el esfuerzo tomando la decisión por mí. Ese fue el último regalo que me hizo.

Una día, cuando estábamos sentadas, terminando de desayunar, apoyó la taza de café en la mesa y me miró. Se quedó así durante un minuto tal vez, para hacerme saber que iba a decir algo importante.

—Nena, Hannah querida, ya estás hecha toda una mujer. Terminaste la escuela. Te graduaste con el mejor promedio. No te falta inteligencia ni capacidad. Este no es lugar para ti. Tienes que irte.

Se me hizo un nudo en la garganta y sentí que me rodaban lágrimas por la cara, porque sabía que tenía razón y que no podía seguir esperando. Me tenía que ir. Y al mismo tiempo caí en la cuenta, como nunca antes, de lo mucho que había hecho por mí y de lo mucho que la quería y la echaría de menos.

Se me quedó mirando otra vez sin decir nada, con los ojos secos, y después me alcanzó un repasador para que me limpiara las lágrimas.

—A ver. Mañana por la mañana vamos a ir a Hargrave. Te lo digo ahora para que lo pienses y te decidas. Vamos a ver qué podemos hacer.

Nos llevó mi padre. Mi abuela le dijo que nos acercara al pequeño almacén en la calle principal, justo donde empezaban las casas del pueblo. El plan era que nos dejara ahí y volviera a la hora que le había indicado ella. Yo todavía no había atado cabos, pero a mi abuela se le había ocurrido hacer todo eso porque no quería que la vieran bajarse de aquel auto tan viejo que, como ella solía decir, parecía un esperpento. Él se dio cuenta, desde luego, y todavía recuerdo su sonrisa de oreja a oreja.

Cuando nos dejó frente al local, mi abuela esperó a que se fuera y después giró hacia mí para decirme:

—Vamos a ver a una vieja amiga mía.

Me miró de arriba abajo y me acomodó un poco el vestido y el pelo. Yo tenía puesto un vestidito azul marino con un cuello cerrado blanco y botones forrados, muy formal, muy lindo, que ella me había regalado para que usara en el acto de graduación.

Mi abuela llevaba su mejor vestido negro de domingo y el sombrero con las violetas, y se había recogido el pelo en un rodete muy prolijo. Además, tenía puesto algo que yo nunca le había visto antes, un par de aritos de plata y un prendedor, también de plata, que hacía juego. Muy para mi sorpresa, al verla así vestida, con su mejor ropa, bajo la luz de aquel día tan extraño y lleno de novedades, noté que mi abuela, tan familiar para mí como el senderito hasta el granero, era una mujer hermosa.

Las dos llevábamos cartera y guantes.

No tuvimos que caminar muy lejos, apenas un par de lotes, hasta llegar a una hermosa casa de ladrillo rojo, que formaba parte de una hilera de otras parecidas entre la calle y la cima del acantilado junto al río Ohio. Cruzamos un jardín de césped muy verde con un bebedero para pájaros y árboles altos y subimos los peldaños del porche, que daba a una puerta acristalada. Del otro lado podía ver un vestíbulo donde la luz estaba teñida por un vitral en el rellano de la escalera.

Mi abuela levantó el arco del llamador de bronce y golpeó tres veces. Un minuto después oímos pasos y luego la puerta se abrió para revelar a una mujer canosa, un poco encorvada, que nos lanzó una mirada penetrante del otro lado de sus lentes sin marco, antes de sonreírnos y abrir de un empujón el mosquitero.

—¡Pero si es Vinnie Steadman! ¡Pasen!

—Hola, Ora Finley —dijo mi abuela.

Sin querer entrar todavía, mi abuela dio un paso al costado y estiró la mano para atrás, hacia donde yo estaba. Me dio unas palmadas en el hombro y me ubicó para que la señora me viera.

—Esta es Hannah Steadman —dijo, orgullosa, y después agregó, para justificar su orgullo—: Se graduó con el mejor promedio de su clase.

Sentí que me ponía roja como un tomate y se me llenaban los ojos de lágrimas, y por un momento temí que me rodaran por la cara, aunque por suerte no sucedió.

—¡Ah, es la hija de Callie! —dijo la señora Finley, en un tono que dejaba traslucir que se apenaba por mi madre y, al mismo tiempo, que yo le parecía digna hija suya. Me dirigió otra de sus miradas largas y penetrantes y agregó—: ¡Pero qué bonita!

Luego, volviendo a mirar a mi abuela y abriendo aún más la puerta del mosquitero, con un gesto algo insistente, dijo:

—Pasen las dos.

Esta vez fue directamente una orden, y nosotras obedecimos. La seguimos hasta una sala de estar muy agradable, con un ventanal que daba al frente, un reloj muy vistoso en la repisa de la chimenea y un calefactor debajo de la ventana con bastantes libros y revistas encima. Podía oír el solemne tictac del reloj, que le daba a toda la casa un aire ordenado y formal, atributos que parecía compartir la señora Finley. Mi abuela y ella se sentaron en dos sillones, uno a la izquierda y el otro a la derecha del ventanal, y yo me apoyé en el borde de un sofá cubierto por una funda de tela en la otra punta de la sala.

Mi abuela y la señora Ora —así la iba a llamar yo— charlaron un rato de otras cosas. Se conocían de chicas, de cuando el padre de la señora Ora era dueño del almacén de Shagbark. Se contaron las novedades que tenían, o por lo menos algunas, hablaron de lo mucho que habían cambiado los tiempos y mencionaron varios nombres del pasado. En la charla hubo alegría y algunas risas, porque estaban contentas de volverse a ver, pero también otra cosa, una especie de tono en la voz que hacía evidente que hablaban con conocimiento de causa cuando se trataba de cuestiones de edad, viudez y épocas difíciles.

Pasado un rato, la señora Ora dijo:

—¿Y cómo andan Dalton, Ivy y sus hijos?

—Como siempre —dijo mi abuela—. Ya te imaginarás.

Al ver que mi abuela no quería soltar la lengua, la otra respondió:

—¡Hum!

Y para cambiar de tema, posó sus ojos en mí. Aunque sonreía, tenía una mirada intensa, inquisitiva, que no era fácil de sostener, y yo volví a ponerme colorada.

—Bueno, Hannah, ya terminaste la escuela.

Solo pude devolverle la sonrisa y asentir con la cabeza, pero mi abuela enseguida tomó la palabra por mí:

—Sí. Se sacó diez en todo. Tenía el mejor promedio.

—Sí, ya me lo dijiste —dijo la señora Ora.

—Sí —dijo mi abuela, hablando como si yo fuera completamente sorda y dando por sentado, sin equivocarse, que yo era demasiado vergonzosa como para responder por mí misma—. Y ahora necesita hacer su propio camino. No tiene por qué seguir en casa.

Apretó los labios, miró fijo a la señora Ora y asintió con la cabeza, invitándola a que sacara sus propias conclusiones.

Ella le devolvió la mirada.

—Ya veo —dijo.

Había desistido de hablarme a mí directamente, así que le preguntó a mi abuela:

—¿Y qué piensa hacer de su vida?

—Le gustaría instalarse aquí en Hargrave y conseguir trabajo. Sabe hacer muchas cosas. Le enseñaron a escribir a máquina en la escuela. Y lo hace rápido. Y sabe taquigrafía. Podría trabajar en una oficina. Podría trabajar en uno de los depósitos durante las ferias de tabaco. Podría aprender. Se da maña con todo.

Cuando me miraba al espejo en casa yo me veía como una adulta, pero ahí afuera, en ese mundo que me estaba pidiendo descubrirlo, seguía siendo una niña. No sabía qué hacer ni qué decir. No tenía conocimientos propios que me pudieran llevar más allá de Shagbark. Era inexperta e inmadura: “maleable” sería, quizá, la palabra exacta. Mi abuela lo sabía. Era como un pedazo de arcilla blanda. No lo sería por mucho tiempo, pero mientras así fuera ella estaba decidida a moldearme como hiciera falta para garantizar mi supervivencia.

Hasta ese momento yo ni sospechaba tener ningún deseo de ir a Hargrave a conseguir trabajo, pero escuchar esas palabras de la boca de mi abuela fue un alivio. De repente sentí que

yo estaba tomando forma. Pensé: “Sí, eso estaría bien. Sí, eso es lo que quiero hacer”.

—Y va a necesitar una habitación —dijo mi abuela.

4. Virgil

El doctor Finley solo llevaba muerto poco más de un año cuando me fui a vivir a la casa de la señora Ora. Era un médico clínico de los de antes, que había brindado su ayuda en todo lo posible al que la necesitara durante la Depresión, cobrando gustosamente, según deduje, apenas lo que sus pacientes pudieran pagarle de sus honorarios. Con lo que ganaba, él y su mujer habían vivido cómodos en una buena casa, pero sin lujos. Después de su muerte, la señora Ora había empezado a alquilar habitaciones, más que nada a los que venían a comprar tabaco, que solo se quedaban durante el invierno.

Para que yo no tuviera que compartir el baño con los hombres, me alquiló la única habitación de planta baja que tenía un bañito propio. Era acogedora y estaba bien decorada, con un escritorio, una cama y un sillón, y dos ventanales con vista a la casa que estaba al lado, cruzando el patio a la sombra. Si me ubicaba en el punto justo, podía ver, más allá de un haya cobrizo y hermoso y de un sauce llorón, cómo se abría el valle del río. Entre las pocas pertenencias que había llevado a Hargrave, había solo dos recuerdos: una foto de mis padres, tomada al poco tiempo de haberse casado, y un bordado hermoso, tejido por la madre de mi abuela. Los había puesto sobre el escritorio, porque eran un consuelo. Los sigo teniendo conmigo.

La casa de la señora Ora formaba, junto con las dos casas vecinas a cada lado, una especie de barrio. No había cercas. Detrás de las tres casas, los patios se entremezclaban en un solo jardín gigante, con setos y glorietas y pasto bien verde y árboles y huertas y parterres de flores que llegaban hasta el acantilado. Desde ahí se podía ver el valle y un largo trecho río arriba y río

abajo. Había macizos de helechos, y arcos trenzados de rosas, y túneles entre los setos, y un estanque con peces dorados enormes, y un gazebo en el borde del acantilado.

Ese fue mi hogar durante la época más sencilla y, en cierto modo, más clara de mi vida. Trabajé mucho en Hargrave, pero una vez instalada no tuve demasiadas preocupaciones. Nunca había estado en un sitio tan lindo. Aunque la señora Ora no era rica ni mucho menos y siempre estaba ocupada, tenía una sabiduría que irradiaba orden y belleza adondequiera que fuera. Para mí su casa era un lugar de descanso. Recuerdo despertar temprano en ese lugar tan silencioso y oír el silbato de los barcos remolcadores en la niebla y sentir que me invadía una extraña paz que parecía venida de otro mundo.

Yo tenía suficiente dinero ahorrado como para pagarme el alquiler y la comida durante un tiempo, y suficiente ropa presentable, y si me quedaba corta con algo mi abuela me había dicho que le escribiera. Pero no me lo tomé a la ligera. Llegué y al otro día empecé a buscar trabajo.

No se me dio muy bien. Podía trabajar, eso lo sabía. Había trabajado en casa durante toda mi vida, y en la escuela había recibido “formación de secretaria”. Como había dicho mi abuela, era buena con la máquina de escribir, y rápida, y sabía taquigrafía. Pero cada vez que abría la boca quedaba como una inútil. Me faltaba experiencia y tenía miedo, y se notaba. Había otras postulantes con mucha más presencia y labia que yo.

Tardé en conseguir trabajo, y durante un tiempo todo fue bastante incómodo. Me sentía desanimada, nostálgica. Extrañaba a mi abuela y mi casa. Nunca había estado mucho tiempo sola, y en Hargrave no conocía a nadie salvo a la señora Ora.

Pero algo es algo. De hecho, conocerla hacía un mundo de diferencia. Mi abuela no se equivocaba cuando me llevó a vivir con ella.

Para empezar, la señora Ora sabía lo que era sentirse sola, ignorante, sapo de otro pozo. Si creía que yo estaba triste, encerrada en mi habitación, venía y daba dos golpecitos con los nudillos en mi puerta. “Ay, Hannah —decía—, ¿no te gustaría salir a sentarte un rato en el porche? La tarde está preciosa”. O: “Hannah, tomemos un cafecito en la cocina. O un tecito, si te gusta más”.

“Todas las mujeres son hermanos”, solía decir Burley Coulter, y después te miraba muy serio, como si no se diera cuenta de que la frase sonaba disparatada. Pero, como de costumbre, lo que decía era cierto. Al menos en parte.

La señora Ora no dejaba que me sumiera en la soledad. Me hacía preguntas. Me contaba cosas. Trataba de hacer lo que haría mi abuela. Y ella sabía muy bien que las cosas que me contaba me iban a hacer falta, como pronto pude ver. Era muy lectora y me daba libros, y después me preguntaba qué me habían parecido y me compartía su opinión. No veía con buenos ojos todo lo que escribían “estos autores modernos”, ni muchas otras cosas de las que también me hablaba. Creo que lo hacía a modo de advertencia, para ayudar a una jovencita que por primera vez estaba sola y lejos de casa en “este mundo moderno”.

No mucho después de mi llegada, cuando ya nos conocíamos mejor, me dijo:

—Quiero te sientas como en casa, Hannah.

Con eso me estaba dando rienda suelta para andar a mis anchas, como si en vez de su inquilina yo fuera, no diré una hija, pero sí un pariente cercano. Usé esa libertad para ayudarla en lo que podía con todas las tareas de la casa y el jardín. Lo hacía porque me consolaba mantenerme ocupada, pero también porque ella me caía bien y yo quería caerle bien a ella. Necesitaba caerle bien.

Y con el tiempo llegué a conocer a su familia. No tenía parientes propios que vivieran cerca, pero sí una cuñada muy

compinche, Margaret Feltner. Margaret y Mat Feltner vivían en una granja relativamente grande en Port William. Supongo que no podría decirse que a ninguno de los granjeros de la zona le haya ido muy bien durante la Depresión, pero ellos dos lograron arreglárselas, por así decirlo. Eran gente tranquila, agradable. La señora Ora muchas veces los invitaba a cenar, sobre todo cuando su propia hermana menor, Lizzie, y su marido, Homer Lord, venían de visita desde Indianápolis, y solían charlar y jugar al *rummy* después de comer. En otras ocasiones era ella la que los iba a visitar a Port William y pasaba dos o tres días ahí.

Los Feltner tenían un hijo, Virgil, que trabajaba en la granja con su padre y también en un depósito en Hargrave durante las ferias de tabaco, y una hija, Bess, que estaba casada con Wheeler Catlett. Wheeler era otro portwilliamense, que había nacido granjero, se había criado como granjero y seguía siendo un granjero de los pies a la cabeza, pero que también era abogado y vivía en Hargrave, trabajando en un despacho con vista a la plaza de los tribunales.

Es decir, estaba conociendo gente —y entre esa gente, personas que terminarían siendo importantísimas para mí—, pero durante un tiempo largo, inquietante, no logré conseguir trabajo. Había sacado todos mis ahorros del banco de Shagbark al irme de casa, y nunca había abierto una cuenta en Hargrave. Guardaba mi dinero en una latita, y podía ver cómo se iba agotando poco a poco. Lo que me quedaba ya estaba muy manoseado de tanto contarlo y contarle, siempre con la esperanza de que hubiera más de lo que ya sabía que había. Cada dos o tres semanas le escribía a mi abuela; pero, como callaba todas mis preocupaciones, no tenía mucho para decirle. Me daba miedo que llegara el día en que tuviera que escribirle para pedir plata prestada.

Finalmente, el que me salvó fue Wheeler Catlett. Él sabía por la señora Ora, desde luego, que yo necesitaba trabajo, y

sabía cuáles eran mis cualificaciones, así que cuando su secretaria, Julia Vye, se tomó unas breves vacaciones para visitar a unos parientes en Tennessee, él decidió correr el riesgo y contratarme como reemplazo temporal.

Cada vez que entraba a la oficina por la mañana, Wheeler era como un arco a punto de disparar: flaco, tenso y con la mira puesta en lo que fuera que tenía que hacer. A menudo ya se había ocupado de las cosas en su granja antes de venir, y de vez en cuando llegaba un poco tarde. Subía corriendo la escalera, abría la puerta de golpe, saludaba a la persona que lo estuviera esperando y se sentaba a su escritorio, a veces olvidando sacarse el sombrero antes de ponerse a trabajar.

Yo siempre lo esperaba con su correspondencia lista. Él la leía y después me llamaba:

—Pase, Hannah.

Yo pasaba y empezábamos el día de trabajo. Me dictaba con rapidez frases claras y bien construidas, que casi nunca corregía después.

Aunque estaba ocupadísimo, casi siempre se hacía un ratito para charlar con los viejos granjeros que estaban en el pueblo los sábados y que pasaban por el despacho. Eran hombres con mucha memoria, que amaban el campo y que habían dedicado su vida a ciertos ideales: buena tierra, buenos pastizales, buenos animales, buenos cultivos, buen trabajo. A Wheeler le encantaba escucharlos, y les hacía sentir que eran importantes para él. Uno de ellos era Jack Beechum, el tío de Mat Feltner, a quien más tarde yo terminaría llamando “tío Jack”. Y estaba el señor Buttermore, que siempre hablaba de política para quejarse, más que nada de los republicanos. Todos los que estuviéramos en la oficina lo escuchábamos gritar desde el despacho:

—Wheeler, ese hijo de su madre es tan retorcido que seguramente usa calcetines a rosca.

También estaba el señor Sterns, un viejo abogado venido a menos con muchas gestiones y trámites menores por hacer, que se apareció una mañana, se sentó frente a mi escritorio y me empezó a dictar cartas. Era una costumbre suya, pero yo no estaba enterada. Hice lo que me pedía, por educación, y cuando se fue le conté a Wheeler.

—Ah, páselas en limpio a máquina —me dijo Wheeler cruzando la oficina, sin detenerse—. No hay problema.

Era difícil seguirle el ritmo a Wheeler y cumplir con sus expectativas. Pero yo sabía que tenía que mostrarme a la altura. Necesitaba el trabajo. Necesitaba quedar bien. Yo llegaba temprano y me iba tarde. Cuando vi cómo era mi jefe, procuré valerme por mí misma para que pudiera concentrarse en sus cosas.

Y le gustó. Cuando volvió Julia, Wheeler siguió llamándome cada vez que necesitaba una mano. Y por recomendación suya —como bien supe—, otros abogados del pueblo empezaron a contratarme para tareas similares. Algunas noches yo cuidaba a los hijos de los Catlett, cuando Wheeler y Bess salían. Todavía no tenía trabajo fijo, ni era lo que nadie llamaría “un éxito”, pero mi montoncito de dinero dejó de achicarse y empezó a crecer en su latita. Me abrí una cuenta bancaria.

Cuando llegó el otoño Julia estuvo un tiempo enferma y Wheeler me pidió que volviera. Estaba muy ocupado y, como anticipaba que la cosa sería mucho peor con las declaraciones de impuestos, me dijo:

—Si le parece bien, puede trabajar en la oficina hasta que termine el invierno y después vemos.

—Me parece bien —respondí.

A esa altura yo conocía a Virgil Feltner, porque a veces lo veía cuando visitaba a la señora Ora, su “tía”, cómo decía él. Cuando venía a Hargrave, Virgil pasaba a preguntarle cómo andaba y por lo general le traía como regalo vegetales frescos de su huerta o un pollo frito que habían hecho sus padres y se sentaban a charlar.

Me gustó de entrada. Era un hombre más bien alto, gracioso y generoso, que siempre traía muchas novedades de Port William para contarle a su tía y que me caía muy bien. Pensé que si alguna vez me casaba sería lindo casarme con alguien como él. Digo “cómo él” porque me parecía imposible imaginar que pudiera casarme con el propio Virgil. Me llevaba siete años, y nunca le prestaría atención a una chica pobre venida de Shagbark. O eso creía yo.

De hecho, me parecía imposible imaginar, en aquel momento, que llegaría a casarme con nadie. Desde que trabajaba para Wheeler y andaba un poco por el pueblo, me habían empezado a invitar a salir. No siempre aceptaba, pero a veces sí. Eran chicos pasables, supongo, más o menos de mi edad, pero ellos no me interesaban tanto como yo parecía interesarles a ellos. Cada vez que salía con uno descubría que no opinábamos lo mismo; es decir, yo no opinaba que él fuera lo mejor que me hubiera pasado en la vida... Ninguno hacía que me muriera de ganas de conocerlo más a fondo. A uno incluso tuve que preguntarle:

—¿Te animarías a hacer eso delante de mi abuela?

Él miró a su alrededor como si alguien nos estuviera espiando.

—¿Eh? ¿Qué? —dijo.

En retrospectiva, me doy cuenta que yo siempre tenía en mente a Virgil, y que los demás no estaban a su altura.

Yo ya trabajaba en la oficina de Wheeler Catlett cuando Virgil empezó a venir desde Port William todos los días, porque en

invierno trabajaba en el depósito Golden Leaf. A partir de entonces lo vi con más frecuencia. A veces pasaba a ver a Wheeler para hablar de algún asunto relacionado con el depósito, pero en general lo hacía para estar un rato con él nomás, si es que Wheeler tenía un momentito libre. A los dos les encantaba trabajar en sus granjas y cazar pájaros y charlar sobre sus perros de caza. Wheeler le llevaba quince años, y en un principio habían sido solo cuñados, pero para entonces ya eran amigos.

Cuando Wheeler estaba ocupado y Virgil tenía que esperar, me hablaba a mí. Siempre venía muy entrada la tarde, y en la oficina estábamos los dos solos. A mí eso me daba vergüenza, y él se daba cuenta seguramente, porque me hacía preguntas para romper el hielo. Sabía que su tía y mi abuela eran viejas amigas, así que me preguntaba: “¿Alguna noticia de tu abuela?”, o “¿Qué hay de nuevo en Shagbark?”. Me escuchaba, me hacía más preguntas y luego se quedaba callado, para que yo le preguntara: “Bueno, ¿cómo anda todo en Port William?”. Me decía “señorita Hannah”.

Después empezó a traerme regalos. Nada muy exagerado, una rosa quizás, o una cajita muy pequeña de bombones. Pero eran el tipo de regalos que hacía un pretendiente. Yo lo sabía, y él sabía que yo lo sabía. Esa era la idea. Todo me lo daba con un moñito, simulando timidez, riéndose de sí mismo, sin dejar por eso de halagarme.

—Sabe, señorita Hannah, un día de estos, cuando usted sea más grande y yo sea más joven, quizá me case con usted.

Las cosas se complicaron un poco cuando Virgil me empezó a invitar a salir. La señora Ora estaba al tanto, por supuesto, y se las ingeniaba, sin ser demasiado directa, para hacerme saber que no le parecía bien. Una vez me dijo: “A Virgil no le falta sentido común, pero no siempre lo usa”. Y otra vez comentó: “Es hora

de que ese chico se case, pero no sé si podrá encontrar a alguien potable por estos lares”. Podía ser muy firme cuando quería.

Supuse que hablaba por toda la familia, aunque ni los padres de Virgil ni los Catlett me dijeron nunca nada parecido. A mí me caían simpáticos todos, y no quería ser un problema. Además, yo prácticamente opinaba lo mismo que la señora Ora. Me hubiera costado decir que estaba a la altura de Virgil. En mi familia tenía a mi abuela, que me había abierto la puerta a todo esto. Y estaba orgullosa de ella. Pero también sabía que en mi familia tenía a mi padre, un tipo pobre y desdichado, y a Ivy, y a sus hijos, y nuestra vieja granja, cada vez más destartada y venida abajo ahora que a mi abuela le estaba costando más ocuparse de todo y que Ivy empezaba a perfilarse como la mujer de la casa. Y sabía que yo ni siquiera iba a heredar lo poco que quedara de aquella propiedad en ruinas. También me daba cuenta de que Virgil era un hombre maduro en todo sentido, que había encontrado su vocación y que estaba cómodo con su lugar en el mundo. Era instruido. Había ido a la universidad. ¿Cómo puede ser que no me hubiera percatado de la diferencia entre nosotros? Yo era una chica ignorante, algo perdida, todavía tratando de convertirse en una mujer y de encontrar un trabajo con un sueldo decente.

Así que empecé a rechazar sus avances. Le decía:

—No, perdón. Esta noche no puedo.

Era muy educado. Suponía que tendría mis razones y que no eran asunto suyo.

Sin embargo, persistió. Y finalmente me miró a los ojos y me dijo:

—¿Por qué no?

Eso no me lo esperaba. Quizá ni se me ocurrió mentirle. En cualquier caso, no me lo pensé dos veces y respondí:

—Porque su tía es mi casera.

Sin dejar de mirarme, primero esbozó una sonrisita, después sonrió de oreja a oreja y al final largó una carcajada.

—¡Qué tontería! —dijo—. Vamos, no se olvide el abrigo.

Admito que quería salir con él. Quería que estuviéramos juntos. Pero durante mucho tiempo muestras salidas no fueron lo que se entiende por “citas”. No parecíamos la típica pareja en plena etapa de cortejo. Él me invitaba a cenar, o a ver una película, o a asistir a alguno de los espectáculos itinerantes que pasaban por el pueblo en aquel entonces, y después me llevaba derechito a casa. Virgil me veía como una chica inocente, y estaba siendo cortés, tratándome con tanto cuidado y deferencia como si yo fuera una muñeca de porcelana, o como si mi abuela nos estuviera vigilando. Era muy bueno conmigo, muy atento y generoso en todo sentido, pero ni siquiera me tomaba de la mano. Nunca me dio la más mínima razón para preguntar:

—¿Te animarías a hacer eso delante de mi abuela?

Sabía que era un hombre admirable, y de hecho yo lo admiraba, pero a esa altura, en el fondo, ya quería que se animara a hacer algo más.

Muy de tanto en tanto, cuando se ponía travieso o me hacía chistes, decía:

—Señorita Hannah, uno de estos días, cuando usted ya sea más grande, probablemente le pida que se case conmigo.

Y en Navidad me hizo un regalo, pero nada desorbitante, ni siquiera para lo que se acostumbraba en aquellos tiempos: una pulserita de plata, lo más precioso que había tenido en toda mi vida.

Las cosas siguieron así durante un largo tiempo después de eso. Éramos amigos y nada más, salvo por lo que sentíamos el uno por el otro, y de eso no hablábamos nunca. O por lo menos la

impresión buscada era esa, la de no ser nada más que amigos. Por el bien de la señora Ora, y por el mío, Virgil estaba haciendo el mayor esfuerzo por disimularlo todo, como yo bien podía ver.

Cuando me venía a buscar a casa y cuando me traía de vuelta, siempre temprano, se quedaba un rato charlando con la señora Ora, sin prestarme demasiada atención. Rara vez me invitaba a salir más de una vez por semana. No sé si toda esa actuación era muy convincente para ella, pero lo cierto es que a mí me hacía sentir más cómoda.

Y luego, a medida que los días se iban volviendo más largos y cálidos tras el equinoccio de primavera, algo empezó a cambiar. Detrás la fachada de amistad y del respeto profundo y sincero que me mostraba Virgil empezaron a surgir cosas nuevas. Ahora, a menudo, en lugar de ir a ver un espectáculo, me llevaba en su auto a dar largos paseos por la noche, mientras admirábamos cómo renacía ese paisaje primaveral, y muchas veces nos deteníamos en algún lugar despejado en lo alto, al borde de alguno de los ríos, para ver el campo a la luz de la luna o las estrellas. Y Virgil me empezó a hablar de otra manera. Me empezó a contar todo lo que necesitaba saber para conocerlo mejor. Me contaba lo que pasaba en la granja de su padre cuando terminaban de alimentar el ganado en invierno y comenzaban las tareas de primavera. Les iba mucho mejor que a mi padre, eso es seguro. Virgil me hablaba de cuánto le gustaba esa estación y del esfuerzo que implicaba y lo que significaba para él. Las mulas perdían su pelaje invernal y empezaban a mostrar otro que relucía a luz del día, cuando dejaban el granero para empezar la jornada de trabajo. Me hablaba de eso como si fuera algo muy antiguo, que le provocaba una especie de felicidad primitiva. Estaba tratando de mostrarme cómo era su vida y cómo podía llegar a ser. Veía el futuro como una posibilidad, como una vida que ya le encantaba. Y aunque quizá ninguno de los dos entendía del todo lo que

él estaba haciendo, hizo que a mí me encantara también. No es que me provocara una emoción irresistible. Resistirme era algo que ni se me cruzaba por la cabeza. Cuando me lo imaginaba viviendo todo eso que tanto anticipaba, me imaginaba viviéndolo con él. Se estaba convirtiendo en una posibilidad que nos pertenecía a los dos por igual.

Ahora lo veo muy claro. Estábamos descubriendo juntos algo bueno, algo posible en este mundo. Hoy recuerdo nuestra esperanza con cierta tristeza, porque pudimos aprovechar muy poco de todo aquello, pero no por eso deja de ser hermoso.

Cuando nos sentábamos en alguno de esos lugares tan encantadores en lo alto —como si contempláramos la llegada de una época y una vida que, de hecho, al final nunca alcanzaríamos a conocer—, Virgil tomó la costumbre de atraerme hacia él, rodearme con un brazo y quedarse así mientras hablábamos o callábamos. Y no porque él hubiera empezado a actuar como si fuera mi novio realmente. Lo que sucedía era que, mientras esperábamos a que llegara esa vida futura, nos había empezado a parecer más natural esperarla así, bien juntos.

No me acuerdo exactamente cuándo fue. Los árboles ya habían reverdecido. Hacía más calor. Estaba despuntando el verano, marcara lo que marcara el calendario. Bordeamos el río Ohio con el auto durante unos pocos kilómetros antes de doblar y enfilar por un viejo camino a la vera de un terraplén que llegaba hasta un puente colapsado. Debajo del lugar donde paramos había un bajío sembrado de maíz. El campito estaba casi totalmente rodeado por los árboles que bordeaban el terraplén y por el arroyo y el río.

Era tarde, después de la cena. Se estaba poniendo el sol. Nos quedamos sentados hablando en medio de aquel silencio casi perfecto, y vimos cómo oscurecía.

Cayó la noche. Las luciérnagas empezaron a alzarse por el aire, encendiendo sus lucecitas. Pero era difícil ver de dónde salían. La oscuridad que se cernía sobre ese campito parecía profundísima, como de miles de kilómetros. Por encima de nosotros estaba la oscuridad y las estrellas, y por debajo la oscuridad del campo y el lento fulgor de las luciérnagas, y a nuestro alrededor más oscuridad aún.

Estábamos sentados muy cerca. Y en ese momento quizá no lo pensó, o quizás ese nuevo ser que habíamos empezado a conformar nosotros dos hizo que Virgil ignorara el límite que él se había impuesto, pero lo cierto es que, con el mayor cariño y la mayor dulzura, por fin apoyó la palma de su mano en mi muslo.

Por un minuto me quedé sin palabras. Y después su nombre vino a mis labios:

—Virgil —dije. Y después agregué—: Momento. Mejor no hagamos nada, pero imaginemos que sí.

Él se rio y dijo:

—Mejor hagamos algo, pero imaginemos que no.

Pero sacó la mano, y nos quedamos callados otra vez, mirando las luces que parpadeaban en la oscuridad.

Y después agregó:

—Hannah, a ver, ¿y si nos casamos?

La vida que nos habíamos imaginado y que anhelábamos parecía muy cerca. Ahí sentada, con el brazo de Virgil alrededor de mis hombros, me sentí contenida en esa oscuridad cálida y lejos de todo lo que me había sucedido hasta entonces. Virgil era fuerte, y eso me dejaba sin fuerzas. Yo no quería ser débil, ni fuerte tampoco. Quería esto que buscábamos juntos, fuera lo que fuera. Y entonces me reí, porque sentí frío en el lugar donde él antes tenía su mano y me dieron ganas de llorar.

—Si me lo propusieras, claramente me sentiría muy agradecida.

Lo dije casi sin aliento.

Me respondió como si yo fuera todavía más joven de lo que era, como si no estuviera convencido de que yo pudiera entenderlo:

—Desde hace mucho te vengo diciendo que te amo. Entre chistes, para que no tuvieras que tomártelo en serio si no querías. Pero yo lo decía en serio. Lo que necesito ahora es que me digas si es posible que me ames también un poquito. Tampoco hace falta que sea mucho, por el momento.

Aunque no lloré, no pude evitar que me temblara la voz.

—Ay, sí. Y más que un poquito.

Cuando me oí pronunciar aquellas palabras sentí una especie de shock, y me invadió una sensación de claridad, de aplomo. Lo que acabábamos de decir los dos me hizo pensar de repente en quién era yo y en qué tenía para ofrecer. Yo era linda, y deseable también, ¿cómo no iba a saberlo? Pero no tenía nada. Ni siquiera tenía una valija propia.

Me alejé un poco para poder mirarlo a la cara, aunque apenas podía verlo en la oscuridad.

—Te amo, Virgil, sí. Por supuesto. Pero no es tan sencillo, como ya sabrás.

—¿Por qué? —dijo.

—¿Qué va a pensar la señora Ora? ¿Y qué van a pensar tus padres? ¿Y qué van a pensar Bess y Wheeler? ¿Y qué vas a pensar tú en diez años? ¿Qué van a pensar todos ustedes *de mí*? Son gente próspera, que ya se hizo un lugar en el mundo, y yo no tengo nada. ¡Quiero que me escuches! No puedo ofrecer nada más allá de lo que soy y lo que tengo puesto.

Él se empezó a reír.

—Eso es justo lo que busco —dijo. Y me dio un beso de verdad, aunque sin dejar de reírse—. No te preocupes, que para preocuparme de eso estoy yo.

No sabía qué pensaba hacer él. Y lo que hizo fue decirles a sus padres al día siguiente, en el desayuno:

—Me voy a casar.

—¿Con Hannah? —dijo la madre.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Pronto.

No me contó nada más. Yo me preguntaba qué más habrían dicho. ¿Habrían puesto reparos? Es lo que hubiera hecho yo, me parece. Cuando se lo pregunté, me dijo que no. Es cierto que él ya tenía veintiséis años, así que quizá fuera verdad.

La señora Ora sí tendría reparos para hacer, como yo bien sabía, pero los demás deben haber pensado lo mismo, porque esa misma tarde, cuando yo volvía caminando del trabajo, vi a los Feltner saliendo con su auto de la casa de ella. Me sonrieron, me saludaron con la mano y siguieron viaje.

Cuando entré, la señora Ora estaba parada en el vestíbulo, justo del otro lado de la puerta. Me tomó por sorpresa.

—¡Ay, hola, señora Ora!

Ella sonrió y me corrigió:

—Tía —dijo, y abrió los brazos.

*

Así que el mundo nos había dado su visto bueno, por así decirlo, para amarnos y estar juntos. Me sentía libre. Podía estrechar a Virgil entre mis brazos y sentir que no tenía nada de malo.

Cuando una llega a vieja puede mirar hacia atrás y verse de joven. Es casi como verse desde el cielo. Y una se ve a sí misma siendo una muchacha, todavía una niña en el fondo, apenas a medio despertar al mundo que la rodea. Una se ve contenta, abrazada a un hombre joven, bueno, decente, gentil, muy querido, con

un gran entusiasmo que le corre por las venas, y que dentro de poco va a desaparecer, sin más, en una tormenta de odio, de balas y de fuego. Y una ni lo sospecha.

5. Lo que éramos

Virgil le dijo a sus padres:

—Pronto.

Pero después me dijo a mí:

—Tampoco *tan* pronto. Que haya tiempo para hacerse a la idea.

Empezamos a hablar, entre nosotros, de cuándo sería, pero no estábamos con ninguna prisa.

Ahora éramos libres, y nos veíamos con mayor frecuencia. Virgil salía temprano de trabajar los miércoles y los sábados por la tarde, si podía, y venía hasta Hargrave. Comíamos algo, íbamos a ver una película, salíamos a pasear en su auto, y nos deteníamos en alguno de esos lugares tan bonitos que él conocía para “mimosear” un rato, como le decía él, aunque me trataba con el mayor de los respetos, según dictaban las viejas costumbres. Como a esa altura quizá no hubiera podido negarme a nada, me conmueve pensar hoy en lo atento que era conmigo. Creo que al ser mucho mayor que yo se sentía responsable por mi juventud y mi inmadurez, y quería protegerme hasta de sí mismo. Hablábamos y hablábamos, haciendo planes, previendo una vida juntos, y celebrando en todo momento una felicidad que era nueva para mí y, estoy segura, para él también. Tenía la costumbre de mirarme y soltar una carcajada, simplemente porque rebalsaba de alegría, y eso me hacía reír.

—Ah, definitivamente se me zafó un tornillo —decía—. Es más, si lo encontrara ni sabría adónde atornillarlo.

Y me abrazaba y se reía.

Cuando tuve que llevar a Virgil a que conociera a mi familia me dio miedo, porque no sabía qué pensaría él de ellos ni de

qué podrían hablar. Pero Virgil se mostró atento y respetuoso con mi abuela, educado con mi padre, cortés con Ivy, y amistoso con Elvin y Allen. Salió todo bien.

Quizás el estar ahí con Virgil hizo que la vieja casona me pareciera más pobre que nunca, y al irnos le comenté:

—Bueno, no es muy lujosa que digamos, ¿no?

—No te hagas problema —respondió—. Tu abuela la tiene hecha un encanto.

El lugar que más asocio con nuestro noviazgo es ese jardín compartido que había en la parte trasera de la casa de la señora Ora. Si el día estaba lindo muchas veces salíamos a caminar. Algunos domingos pasamos tardes enteras ahí, paseando, mirando los barquitos en el río, charlando sentados en el gazebo o en el pasto. A veces miraba a Virgil, sabiendo que él me había estado mirando, y lo pescaba riéndose por lo bajo, con esa alegría tan suya que yo conocía y lágrimas en los ojos.

Y poco a poco entendí lo que él había querido decir con “hacerse a la idea”.

La familia tenía que hacerse a la idea, pero nosotros también, y yo en particular.

Como quizá cualquier otra joven de aquel entonces, yo pensaba que el matrimonio era una serie de promesas que se mantenían hasta la muerte, y compartir el mismo techo, vivir juntos, trabajar juntos, dormir juntos, criar a los hijos. Pero mi matrimonio con Virgil implicaría mucho más que eso. Implicaría integrarse a un lugar ya decidido de antemano, y a una historia que había empezado mucho antes y que aún seguía su curso.

La granja de los Feltner era donde vivía su familia desde hacía años: desde que los primeros blancos se instalaron en la zona. Virgil ocupaba un lugar, como su padre antes que él, en la larga línea de quienes ya se habían ido y quienes estaban por venir. Era algo que yo todavía tenía que procesar mentalmente.